

ENSAYOS

Significación y proyección de Pedro Henríquez Ureña en la cultura dominicana

Por Ruben Goico Rodríguez

Dominicanidad y Americanismo

En el mundo de la cultura del siglo XX Pedro Henríquez Ureña representa la más alta cumbre de la crítica literaria y del humanismo. Su figura ostenta singular relieve y es, al mismo tiempo, exponente de la tradición intelectual de don Marcelino Menéndez y Pelayo, don Juan Valera, Azorín y otros maestros hispanos, elenco de pensadores preclaros que en el Nuevo Mundo, coronados de mirtos y laureles, son dignos de la toga socrática y son identificados con los nombres de Andrés Bello, José Enrique Rodó, Juan Montalvo, Domingo Faustino Sarmiento, José de la Luz y Caballero, Enrique José Varona, Justo Sierra, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y otros.

Al analizar la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña, en el período del primer centenario de su nacimiento, se perfila como el más profundo y sabio pensador dominicano y como el más grande crítico y humanista de América.

Esas dos facetas cimeras del sabio dominicano

aflanjan su inmortalidad e irradian con tan vigorosos perfiles dentro del panorama cultural de nuestro tiempo, que la crítica contemporánea de España y de América considera que su influencia traspone los horizontes del Continente para proyectarse como una gloriosa figura del pensamiento universal.

Ernesto Sábato, uno de sus eminentes discípulos, afirma, al juzgar la repercusión de su obra literaria en la Argentina y en el continente americano, que Pedro Henríquez Ureña es "precursor de la filosofía moderna en América Latina."

Es tal el genio universal de Pedro Henríquez Ureña que desde que lanza a los cuatro horizontes de la publicidad sus primeras obras, "su cerebro pone el espíritu de América a dialogar con el espíritu de Europa acerca de los grandes problemas de la cultura occidental," como asevera uno de los más grandes apologistas de la influencia de su obra en la cultura dominicana.

Nuestro inmortal Pedro Henríquez Ureña tuvo como divisa y postulado de sus doctrinas como maestro que "lo importante en la educación no es lo que se aprende, sino la preparación espiritual para poder comprender las bellezas del bien, del arte y de la naturaleza."

Pedro Henríquez Ureña siempre estuvo absorto ante el misterio de la naturaleza, entregado a "silente meditación." De él dijo con acierto el filósofo e historiador dominicano Pedro Troncoso Sánchez que era "dulce profesor de mirada mansa y suaves movimientos, de quien era fama...ser tan sabio como santo" (1).

(1) Pedro Troncoso Sánchez: Pedro Henríquez Ureña. Homenaje. Univ. de Santo Domingo, p.9.

El vasto saber de Pedro Henríquez Ureña se proyectó como maestro en las tres Américas: la hispana, la anglosajona y la lusitana, “y también en España, Francia e Inglaterra,” agrega Troncoso Sánchez, “porque vivió plenamente la cultura humanística de su tiempo como muy pocos la han vivido, porque fue uno de los primeros órganos expresivos de ella, y porque, como tal, fue uno de los más genuinos representantes del moderno espíritu ecuménico.” (2).

Su influencia en la cultura de su “magna patria” se patentiza, con robustos perfiles de inmortalidad, como valioso acervo cultural, como legado a la juventud dominicana, porque de la misión socrática de su palabra orientadora y de sus obras nos queda el tesoro de sus ideas luminosas y originales, vertidas en las ciencias pedagógicas, en la literatura universal, especialmente en la dominicana, la española y la inglesa, en la crítica literaria, en la lingüística y la filología, en la historia de la filosofía y en la historia del arte.

Uno de sus primeros libros: *Horas de Estudio*,

conquista el espaldarazo consagratorio de don Marcelino Menéndez y Pelayo, cuando el polígrafo hispano expresa:

“Todo ello es prueba de exquisita educación intelectual comenzada desde la infancia, y robustecida con el trato de los mejores libros.”

En carta dirigida a Menéndez y Pelayo, desde México, el 29 de abril de 1909, afianza el sabio dominicano su acrisolado nacionalismo, cuando afirma, como si abriera las páginas bíblicas de su corazón:

(2) Ob. cit. p. 10-11

“Comprenderá usted que, aunque vivo en México, soy dominicano. El malestar crónico de mi país me obligó a buscar aires más puros en éste, aunque desde lejos sigo trabajando por el mío, y rara vez publico mis escritos en el exterior solamente sino que los hago aparecer al mismo tiempo aquí en Santo Domingo” (3).

En *Horas de estudio* aparecen varios ensayos críticos, entre los que resaltan estudios en torno a las obras poéticas de José Joaquín Pérez y Gastón Fernando Deligne, bardos nativos a cuya ponderación y conocimiento en América contribuye en la primera década del siglo XX.

De José Joaquín Pérez afirma, con gran clarividencia y justicia, que “es entre nosotros la personificación genuina del poeta lírico” y que “*La vuelta al hogar* es el más interesante lírico, el más radiosamente optimista grito de júbilo en la poesía antillana. Sentimientos variados y confusos toman allí forma y se agitan, vibrantes, sonoros, fúlgidos, con el ritmo veloz de la emoción súbita y el ardor de la sinceridad primitiva, helénica, que besa la tierra como Ulises y saluda al mar como los soldados de Xenofonte.” (4)

Con ese estilo terso y refulgente que conquistó a Pedro Henríquez Ureña jerarquía como uno de los más acrisolados forjadores de la prosa americana, considera que *Ecos del destierro* es como un nocturno susurrante, *sin crescendos furiosos*; la apasionada canción *A ti* parece reclamar la “voz de las lágrimas” de la música de Schubert.” (5).

(3) Pedro Henríquez Ureña: De mi Patria. (Edición de la Sec. de Educación, Santo Domingo 1974, p. 93.

(4) Henríquez Ureña: De mi Patria, p. 99

(5) P.H.U., ob. cit. ut supra, p.99



De Gastón Fernando Deligne reconoce que “aparece en el momento en que la poesía de América amplía y suaviza sus moldes bajo la influencia de Bécquer, renueva y afina sus ideas con el ejemplo de Campoamor; el momento en que los antes muertos horizontes de la poesía dominicana estaban electrizados por el entusiasmo civilizador de Salomé Ureña y por la efusión lírica de José Joaquín Pérez” (6).

(6) Ob. cit., p. 114

La influencia de Pedro Henríquez Ureña en la cultura dominicana está polarizada y se concreta y resume sustancialmente en el estímulo, que prodigó, como supremo mentor de las nuevas generaciones y como el crítico de más alto relieve en el panorama de la literatura nacional a los poetas José Joaquín Pérez, Gastón Fernando Deligne y César Nicolás Penson, y a Federico García Godoy, a quien estima como "crítico de sería ilustración y amplio criterio, a quien se deben un juicio magistral sobre la concepción religiosa de Comte y un estudio histórico nacional en forma narrativa, *Rufinito*". (7).

Pedro Henríquez Ureña, desde su juventud, sentó plaza como un elegido de los dioses en el panorama de la cultura dominicana, en cuyo ámbito irradió su poderosa influencia en un período de más de cinco décadas. A la tierra trajo la misión socrática de fulgir con singular aureola de estímulo y orientación de las nuevas legiones intelectuales y como clásico modelo, para los escritores y poetas de su generación. Aún después de su muerte, a través de sus obras, continúa su poderoso magisterio como crítico literario y humanista de América.

Américo Lugo enmarca en su estilo soberano una cabal silueta, de quien es hoy-aureolado de glorias-al cumplirse el primer centenario de su auroral nacimiento, el santo y sabio Don Pedro de América.

"Creció bajo profético influjo. Fluctuó primero entre dos mundos: la poesía y la ciencia. Pagó tributo a la estirpe materna y fué musageta en *Lo inasequible* y *Al mar*, en *Flores de otoño* y

(7) Ob. cit., p. 128

Mariposas negras; pero rindióle al fin el pujante temperamento paterno y ya en 1905 era el más notable crítico dominicano." (8).

Al Américo Lugo acuñar ese juicio tan justiciero y generoso por la frente de Pedro Henríquez Ureña se habían posado como mariposas de luz, veintiuna primaveras. A temprana edad conquistó la gloria.

Aún antes, a los diez y seis años, en *Nuevas Páginas*, revista literaria que dirigían los jóvenes iluminados: Apolinar Perdomo, Porfirio Herrera, Juan Esteban Buñols y Bienvenido Iglesias, entre 1900 y 1901, escribe un acertado juicio crítico de la obra de Nicolás Heredia; analiza la influencia de Ibsen en el teatro moderno y hace una paráfrasis de un hermoso soneto de Baudelaire.

Dentro del preclaro quehacer intelectual, P.H.U. vivió como actor y como permanente espectador de las irradiaciones de su mundo interior. Era un ente humano fuera de serie; un espíritu avizor y lúcido, dotado de "las exquisitas y originales expresiones de su honda sensibilidad estética y de su imaginación de artista" (9), enuncia Pedro Troncoso Sánchez, quien aporta otras claras vivencias, útiles para intuir la más real y vívida semblanza del sabio dominicano:

"...encarnó Pedro Henríquez Ureña resaltantes cualidades morales que hacían admirar en él, al par que al aristotélico sabio universal, al hombre de talla socrática. Es corriente oír decir a sus amigos que su bondad tocaba las lindes de la santidad. Era ejemplo vivo de auténtica modestia y sencillez. Tenía una disposición espontánea y

(8) Ob. cit. ut. supra, p. 39

(9) Troncoso Sánchez P.H.U., p. 11

callada al sacrificio, al servicio desinteresado en favor de los demás, cuando de servir el pan de la cultura se trataba. Era amoroso y compasivo y poseía en alto grado el sentido de la amistad. Gran amante de la plática con igual dedicación e interés se entregaba a conversar con un colega como un campesino o con un niño. No conocía el miedo, ni el desaliento, ni la ira" (10).

Sublime intérprete de la sublime e inmanente grandeza del espíritu universal: "...poseía el privilegio de captar intensamente la belleza dondequiera que estuviera: no solamente en las obras literarias, sino en todos los géneros de la música, aún en la popular; en las artes plásticas, en la arquitectura en la naturaleza." (11).

Su esclarecida madre, la poetisa nacional Salomé Ureña de Henríquez, en el clarividente poema *Mi Pedro*, exclama, con una sacrosanta voz que se inmortaliza en el corazón de los siglos:

"Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.
"Amante de la Patria, y entusiasta,
al escudo conoce, en el se huelga,
y de una caña que transforma en asta
el cruzado pendón trémulo cuelga.
"Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.
"Cuando sacude su infantil cabeza

(10) Troncoso Sánchez: ob. cit. p. 12

(11) Troncoso Sánchez: ob. cit. p. 12

el pensamiento que le infunde brío
estalla en bendiciones mi ternera
y digo al porvenir: ¡Te lo confío!

Los libros de donde arranca, con fuerza e irradiación inmortal, la significación y proyección de Pedro Henríquez Ureña en la cultura dominicana son: *Ensayos críticos* (La Habana, 1905); *Horas de estudio* (París, 1910); *Literatura dominicana* (París, 1917); *Aputaciones sobre la novela en América* (Buenos Aires, 1917); *Cien de las mejores poesías de la lengua castellana* (Buenos Aires, 1929); *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (Buenos Aires, 1936); *Para la historia de los indigenismos* (Buenos Aires, 1938); *El español en Santo Domingo* (Buenos Aires, 1940); y *Páginas olvidadas* (Santo Domingo, 1944). En esos libros y en centenares de artículos publicados, especialmente, en Santo Domingo, México y Buenos Aires, P.H.U. fulge como una especie de torre de control o de barómetro para orientar y medir la profundidad y las proyecciones de la cultura dominicana a través de la divulgación y enjuiciamiento de la producción de los valores más representativos de las letras patrias: José Joaquín Pérez, Eugenio María de Hostos, Gastón Fernando Deligne, Federico García Godoy, Francisco Muñoz del Monte, Salomé Ureña, Virginia Elena Ortea, Nicolás Ureña de Mendoza y otros insignes escritores dominicanos.

Para 1904 ya Gastón F. Deligne reconoce que P.H.U. ha adquirido agudeza, perfección y todo el lineamiento sobresaliente de un gran crítico, cuando con vivo entusiasmo, lo congratula y lo estimula:

“Permítame, pues, que me recogije, al celebrar una sagacidad crítica nacional como la suya; de la

que espero legítimamente un Saint Beuve, un Zola, un Taine: sin lisonja! (12).

Américo Lugo en su *Bibliografía* (Santo Domingo, 1906), consigna uno de los primeros y más autorizados juicios de P.H.U.:

“Principia su carrera Pedro Henríquez Ureña ocupando el primer puesto entre los críticos dominicanos. Su primer libro ha sido bien acogido por la prensa hispanoamericana. Poeta de abolengo, aunque falto, hasta ahora de originalidad, es hijo de aquella águila de nuestra poesía que se llamó Salomé Ureña de Henríquez, quien, en su composición poética *Mi Pedro*, predijo la gloria que comienza a circundar la frente del autor de *Ensayos Críticos*” (13)

Confieso que siento admiración por Pedro Nicolás. No me gustan las profecías, por más que sólo en las de esta clase sean tolerables las equivocaciones; pero dudo mucho que no le saque verdadero a quien de él afirmara que llegará a ser el primer hombre de letras de la República” (14).

Lugo exalta, con su estilo fragante y musical, la figura del sabio:

“Como humanista y erudito, como filólogo y crítico, Pedro Henríquez Ureña no tenía parte entre nosotros, y era uno de los valores más respetados y aplaudidos de toda América. Llegado a la cima del pensamiento crítico en hora oportuna como Petrarca, señaló, igual que éste en el trecento, nuevos cauces a las corrientes de la sensibilidad e inteligencia en Hispano-América, y

(12) Homenaje a P.H.U. p. 37

(13) ob. cit. ut supra p. 38

(14) Flérida de Nolasco: Pedro Henríquez Ureña. Síntesis de su pensamiento, p. 124.

en tal sentido, ésta le debe unánime homenaje.” Y agrega: “pero lo que más aprecio en él es su *dominicanidad*” “...de los de su generación, nadie amó más a su patria” “...Pedro Henríquez Ureña no tiene por oficio el periodismo sino la cátedra, desde la cual su enseñanza irradia luz continental..” “su nombre es glorioso; su modestia, ejemplar; su patriotismo, conmovedor. Ninguno de nosotros, fuera de su patria, suspira por ella como él ninguno trabaja para ella como él. Conozco su corazón. Sé que ni honores ni riquezas compensarán jamás en él el efecto de la ausencia del suelo natal. Es tan dominicano, si cabe decirlo, como nuestra iglesia catedral, con quien podría comparársele” (15).

El erudito e historiador Emilio Rodríguez Demorizi ha estudiado en admirable ensayo la robusta, entrañable y patriótica dominicanidad del Maestro.

Rodríguez Demorizi alcanza la mayor perfección en el estilo y se apoya en la captación del mensaje con que el humanista desborda todo el acervo y las fuerzas telúricas que irradian del pensamiento de Henríquez Ureña cuando oficia ante el ara sagrada de la patria bien amada, con toda la ternura de su corazón y la más radiante luz de su espíritu.

Al forjar un inventario, asaz exhaustivo, de la cultura dominicana, en un período que abarca cinco siglos de civilización-desde el Descubrimiento a la época contemporánea-, Henríquez Ureña podría patentizar, con gran donaire su orgullo, vinculado a su noble misión apostólica, con aquellos versos de Rubén Darío, y proclamar con el vate universal:

(15) Ob. cit. ut supra, p. 124

“Si hay un alma sincera,
ésa es la mía”.

La dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña se alimenta de una bien definida tradición familiar o de una vivencia onírica que inspiró al filósofo argentino José Ingenieros a escribir que “el terruño es la patria del corazón.”

II

SU VIGENCIA COMO CRITICO E HISTORIADOR DE LA CULTURA HISPANICA

El escritor que como Pedro Henríquez Ureña posee sólida erudición, en el dominio de los temas que están bajo la órbita de su pensamiento, participa de la grandeza de Dios como dueño del cielo y la tierra, porque la erudición ha sido calificada como “la soberana, reina de las ciencias del espíritu.”

Estuvo dotado de ese magno poder que otorga la erudición y sobre todo de esa virtud extraordinaria que es la síntesis y la sobriedad que han descubierto, al estudiar la obra del sabio dominicano, varios de sus discípulos, de sus intérpretes y de sus glosadores, dispersos en América y España en los más renombrados centros de investigación literaria. Está consagrado como maestro prominente de la filología y de la crítica; humanista de vasto saber, y como excelso timbre de categoría intelectual, se le ha calificado de *erudito artista.*”

Fue precisamente José Enrique Rodó uno de los primeros escritores de América que contribuyó

a labrar a Pedro Henríquez Ureña un alto pedestal:

"El nacimiento de 'Dionisos', le escribe el estilista uruguayo, "es lo más hermoso que ha salido de su pluma, y una de las cosas más bellas de la nueva literatura hispanoamericana. El hondo y personal sentido del mito encarna en una noble belleza, de estirpe muy superior a la que deslumbra los ojos del vulgo literario."

Como maestro del idioma, como hispanista de alto coturno, Henríquez Ureña exalta en *Mi España*, el valor de la prosa mística y de la poesía lírica de los siglos de oro, como "la escuela de mayor pureza, la que enseña a pensar más alto, a sentir más delicadamente, a expresarse con el más acrisolado decoro. Hay momentos en la historia intelectual de España en que el más alto pensamiento filosófico se refugia en los místicos y en los líricos. La poesía de las ideas, la emoción intelectual, rara flor de cultura, se encuentra a menudo en ellos. El que estudie y comprenda la lírica española de los siglos XVI y XVII, encontrará riquezas insospechadas, profundidad unas veces, delicadeza otras, cualidades varias y selectas; pero sobre todo respirará un ambiente ético puro y fortificante, donde se esparce el perfume de estoicismo cristiano que da sabor de sereno heroísmo a los tercetos de Quevedo y a la *Epístola Moral a Fabio*, y sobre el cual se cierne, dominándolo majestuosamente, el vuelo platónico de Fray Luis de León, uno de los grandes poetas de la humanidad" (16).

Henríquez Ureña es el maestro a carta cabal, maestro por antomasía. Su enseñanza se identifica con un magisterio apostólico al estilo Varona,

(16) Flérida de Nolasco: Ob. cit. p. 21

Bello, Hostos, Varela, Luz y Caballero, Barreda, Sarmiento y Alejandro Korn.

Era un auténtico preceptor de América. Sus doctrinas mantienen vigencia y se proyectan a la posteridad a través de sus discípulos directos y de continuadores eminentes que se han impuesto la misión de mantener el noble linaje de sus doctrinas y el rico acervo de sus enseñanzas a través de las edades.

“...Maestro; enseñaba con sus escritos y con su cátedra y con su ejemplo” (17).

Pedro Henríquez Ureña es, acaso, el más grande expositor de la cultura en el mundo occidental como ensayista, crítico, filólogo e historiador. Estudió “Nuestra lengua y nuestra cultura: la de su patria, la de Hispanoamérica, la de España, la de todo nuestro mundo occidental,” consigna su devoto biógrafo y acertado crítico Juan Jacobo de Lara (18).

Los ensayos luminosos y eruditos vertidos en la primera década del siglo, desde la tribuna del Ateneo de la Juventud de México, presentan a la consideración de América la figura apostólica de Pedro Henríquez Ureña, con la aureola y los lineamientos definidos de un auténtico orientador de la juventud del Continente. Desde esa tribuna exalta el libro *Profesores de idealismo* del joven ensayista peruano Francisco García Calderón, escritor en quien reconoce su “sentido humano,” como “prosador de raras condiciones, de estilo vivaz, preciso y cálido, rico en color y en sugestión de vida” (19)

(17) Juan Jacobo De Lara: Ob. cit. tomo I - p. 8

(18) Juan Jacobo de Lara: Prólogo - Obras completas Tomo I - p. 7.

(19) Pedro Henríquez Ureña : Obras Completas, tomo II, P.146.

Henríquez Ureña tiene la primacía de haber presentado ante la contemplación del Continente la obra señera, original y portentosa de José Enrique Rodó como "la más alta representación del pensamiento filosófico" (20).

Ante el crítico dominicano Rodó surge como cultivador de un "género de heroísmo," que "influye con sus libros, con su *alma escrita*, sin que para ejercer su ministerio haya que abandonar el retiro donde florecen las inspiraciones" (21).

III

HUMANISTA Y PENSADOR DE AMERICA

Con la clámide o la toga del Maestro, Henríquez Ureña esculpe la imagen cultural del hemisferio colombino y como si hablara de la más enhiesta cima, proclama:

"Apenas consumada la independencia de América, aparece Andrés Bello, tipo de selección, hombre sabio y hombre justo, que piensa y canta, legisla y educa, "comparable en algún modo, - dice Menéndez y Pelayo -, con aquellos patriarcas de los pueblos primitivos, que el mito clásico nos presenta, a la vez filósofos y poetas, atrayendo a los hombres con el halago de la armonía para reducirlos a cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley" (22).

(20) Ob. cit. tomo II, p. 145.

(21) Ob. cit. ut supra tomo II, p. 147.

(22) Ob. cit. tomo II, p. 148.

Convoca una soberbia cohorte de sabios. Los presenta en un elenco que constituye la flor más luminosa del pensamiento latinoamericano:

“Otros vienen después y son: Sarmiento, espíritu original, ardoroso y rebelde, de aquilina mirada profética; Luz y Caballero, todo pensamiento y persuasión; Juan Montalvo, alma castizamente castellana, turbulento defensor de ideales más sentidos que pensados; Ignacio Ramírez, audaz y brillante, con los rebuscados gustos de un alejandrino y las implacables ironías de un estoico; Barreda, rectilíneo, macizo, certero en sus propósitos; Hostos, místico, intelectualista, embriagado de razón y de moral, sin manchas en la vida y sin desmayos en la obra” (23).

“Rodó es el maestro que educa con sus libros,” proclama Henríquez Ureña, “...el primero, quizás, que entre nosotros influye con sólo la palabra escrita...” “...los partidarios de *Ariel*, los futuros secuaces de *Proteo*, son multitud que crece cada día...” “...por la virtud sugestiva de ellos, a todos sus admiradores nos convierte en propagandistas” (24).

Frente a atisbos esclarecedores y ponderando el juicio de la crítica de su tiempo y el análisis valedero de los modernos historiadores de la cultura, Pedro Henríquez Ureña adquiere resonancia como pensador de relieve universal ante los pueblos de habla hispana, en ocasión del primer centenario de su nacimiento. Su proyección y significación en la cultura dominicana se percibe diáfananamente en las generaciones que fueron directas usufructuarias de su estímulo y divulgación en el clima cultural de su época. Entre

(23) Ob. cit. tomo II, p. 148.

(24) Ob. cit. tomo II, p. 148-149.

los ejemplos más descollantes podríamos señalar concretamente a José Joaquín Pérez, Gastón Fernando Deligne y Federico García Godoy, cuya presentación al mundo literario de América Pedro Henríquez Ureña tomó a su cargo. A esa legión siguen otros valores representativos. Y al final vienen los intérpretes y divulgadores contemporáneos de sus doctrinas pedagógicas y filológicas y de ese acervo extraordinario, contenido en las Obras Completas, editadas por nuestra Universidad Nacional que lleva su nombre. Entre esa legión contemporánea formada por los que ha llamado "*pedristas*" Juan Jacobo de Lara, con gran acierto, figuran, entre otros, sin intentar una nómina exhaustiva: Emilio Rodríguez Demorizi, Pedro Troncoso Sánchez, Flérida de Nolasco, Máximo Coiscou Henríquez, Carlos Federico Pérez y Pérez, el propio Juan Jacobo de Lara, Mariano Lebrón Saviñón, Federico Henríquez Gratereaux, Consuelo Nivar, Manuel de Jesús Goico Castro, Soledad Alvarez, Manuel Rueda, Antonio Fernández Spéncer, José Alcántara Almánzar, Esthervina Matos, Ruth Nolasco, Jorge Tena Reyes, José Henríquez Almánzar y otros.

Dentro de la mística nacionalista a que se han entregado esos valores representativos de la literatura dominicana contemporánea, urgida de transmitir a la posteridad la gloria de ese portentoso acervo cultural, es obvio que no es posible omitir los nombres de los escritores que en México recibieron directamente sus enseñanzas y de los otros que continúan en la tierra azteca que él tanto amó, proyectándola ante la contemplación del orbe civilizado.

"Dijo Alfonso Reyes que Pedro poseía la prenda superior de desentenderse de sus propias

excelencias y esconder sus ternuras con varonil denuedo, bajo el impasible manto de la persuasión racional, y que todo lo dejaba, todo, para acudir a los demás, y en ello gastó gran parte de su vida. Se le ojeaba como a viviente encilopedia. "Aceptaba la misión patética de enfrentar consigo mismo a cada hombre. Sólo los mejores soportaban la prueba... Allí estaba Pedro con su interrogación implacable, para deslindar lo cierto de lo dudoso, y lo que se sabe, de lo que se sospecha o lo que se ignora" (25).

Aunque aún el libro *Pedro Henríquez Ureña en México* no se ha escrito, existe un caudal de información asequible y verídica en torno a la influencia de Pedro Henríquez Ureña en la tierra de la bandera del águila y la serpiente.

En reconocimiento de su contribución decisiva a la grandeza de la nación mexicana el historiador Humberto Tejera incluye a Pedro Henríquez Ureña como un capítulo de su libro *Cultores y forjadores de México*, junto a Vasco de Quiroga, Hidalgo, Morelos, Andrés Quintana Roo, Valentín Gómez Farías, Melchor Ocampo, Justo Sierra, David Berlanga Ignacio Ramírez, Silva y Aceves, Altamirano y otros tan grandes como los volcanes del Anáhuac.

"También dijo Alfonso Reyes que en lo privado, era muy honda la influencia socrática de Pedro Henríquez Ureña; que él enseñaba a oír, a ver, a pensar. Asegura don Alfonso que no hubo entre ellos, en el grupo, ejemplo de comunidad y entusiasmo aspirituales como los que él provoocó. Recordando a Pedro el hombre, dice que era insondable, inesperado, vertiginoso y genial y que

(25) Juan Jacobo de Lara: Pedro Henríquez Ureña. Su vida y su obra P. 30.

se le pudo llamar, como al gran cínico de antaño, el Sócrates furioso. Así era el Pedro joven, el Pedro heroico, pues más tarde aprendió a ser más complaciente, aprendió a dominar casi por completo su latente impetuosidad" (26).

Julio Torri, uno de sus discípulos, dice que el recuerdo de Pedro Henríquez Ureña está vivo en México y Antonio Castro Leal consigna que Pedro Henríquez Ureña "ha sido uno de los americanos más nobles, más buenos, más sabios, más inteligentes y de más fina sensibilidad de este siglo" (27).

Juan Jacobo de Lara, ilustre biógrafo, consigna que "Esa opinión, y aún mayores elogios, se escuchaban de numerosas personas que en México, en la Argentina, y en todas partes conocieron a don Pedro. Es muy difícil encontrar crítica adversa, ni siquiera no elogiosa, cuando se habla de él" (28).

Directamente tuvieron el privilegio de escuchar sus sabientes cátedras Vicente Lombardo Toledano, Manuel de la Parra, Manuel Gómez Morín, Jesús T. Acevedo, Julio Torri, Leopoldo Zea, Ricardo Gómez Robelo, Eduardo Colín y Rafael López y otros, que sería prolijo enumerar. Y mantienen viva la llama de sus doctrinas, para divulgarlas con amor a la posteridad José Luis Martínez, Enrique Krauze, José Emilio Pacheco, Enrique Mejía Sánchez, Ramón Xirau, José G. Moreno de Alba, Luis Leal, Carlos Pellicer, Salvador Novo, Martín Luis Guzmán, Emma Speratti Piñero y tantos y tantos otros, enhiestas

(26) Juan Jacobo de Lara: Ob. cit. p. 30.

(27) : Ob. cit. p. 35.

(28) : Ob. cit. p. 35.

pirámides del pensamiento mexicano del siglo XX.

En la Argentina su ministerio doctoral ocupó un periplo cultural de mayor proyección, entre 1924 y 1946, con breves ausencias a Chile, Cuba y a Estados Unidos, naciones en las cuales el humanista pobló el alma y el espíritu de muy inteligentes discípulos, a través de cátedras y de conferencias iluminadas con su genio y su excepcional sabiduría de Maestro de América.

Arturo Torres Rioseco, el crítico chileno afirma que conoció a Pedro Henríquez Ureña en Nueva York "a través del entusiasmo de Salomón de la Selva, su amigo predilecto." La predilección que sentía Pedro por el poeta de la Selva era mutua. Dice Torres Rioseco que "Salomón tenía dos dioses mayores Rubén Darío y Pedro Henríquez Ureña" (29).

Enrique Anderson Imbert, uno de los mas grandes críticos contemporáneos de la lengua castellana, se enorgullece de haber sido formado por el humanista dominicano en la Argentina. "Nos habla de cuando llegó Con Pedro al Colegio Nacional de La Plata

"Lo vimos entrar al aula, y por primera vez supimos qué era la poesía y quienes la hacían. Tenía una rotunda voz de bajo, tenía unos ojos muy negros que sin esfuerzos lo veían todo, tenía una sonrisa irónica y dulce con la que nos dirigía. Luego lo vimos andar por las calles de La Plata y encontrarse con otro americano excepcional Alejandro Korn. Y en aquella limpia aldea el diálogo de esos dos hombres creó una tensión nueva. Luego lo vimos en la intimidad. Nos llevó a su casa, nos enseñó a vivir y a pensar, a oír música

(29) Ob cit. tomo I p. 46.

y a escribir cuentos, a leer los clásicos e informarnos de las ciencias, a disfrutar de las literaturas modernas en sus lenguas originales, a conversar, a gustar de la pintura, a trabajar y apreciar el paisaje y la bondad. Sobre todo, nos enseñó a ser justos. Convergían en él grandes tradiciones de cultura. Y lo que a nosotros nos asombrara era que tanto saber y tanta comprensión pudieran mostrarse, sencillamente. Siempre estaba ocupado y sin embargo siempre nos acogía. Si yo he aprendido a escribir, a él se lo debo" (30).

Juan Jacobo de Lara, eminente compilador de Las Obras Completas del sabio dominicano, consigna que en la Argentina "seguía sembrando la semilla del saber por medio del estudio y encontró allí también jóvenes ansiosos de aprender. Aníbal Sánchez Roulet dice que "en sus clases, en sus conferencias, en la conversación, - más que en sus libros -, iba dando Don Pedro a sus discípulos, a sus amigos, los grandes esquemas, las categorías, los conceptos fundamentales de la estética y la historia literaria." Y aclara que no sólo de literatura hablaba don Pedro, sino que su conversación ascendía siempre al plano de las ideas" (31).

José Luis Romero, quien amó a Don Pedro entrañablemente, evoca con palabra iluminada al Maestro Su voz "era la voz de un artista de las ideas..." "...El Maestro crecía hasta alcanzar un aire socrático en el diálogo desapasionado, en el coloquio libre, a través del despliegue de los espíritus." "...Lo veo sumido en sus libros y sus papeles, lo veo precisando el contorno de un pensamiento y lo veo al mismo tiempo

(30) De Lara: Ob. cit, p. 50.

(31) ; Ob, cit, p.50.

persiguiendo quimeras profundas e irreales. Poeta y filósofo para sí, supo ser sabio para los demás. Extraño el caso suyo" (32).

Nicolás Cócara, actual Jefe de redacción de la Nación de Buenos Aires, es otro escritor de relieve continental, que se enorgullece de haber sido orientado por Pedro Henríquez Ureña. Dice "aprendimos a quererlo y a respetarlo allá por los años 1938..." Don Pedro fué una presencia de la cultura de América"... "A través de las páginas de su libro "Seis ensayos en busca de nuestra expresión" Henríquez Ureña despertaba en los jóvenes fervientes, ojos semidespiertos de América, una sincera pasión por el continente. Henríquez Ureña había afinado conceptos; había ahondado el contenido; había exprimido su idea de la tierra, del "nuevo mundo" hasta lo esencial" (33).

Otros discípulos eminentes de Pedro en la Argentina fueron Emilio Carilla, Ernesto Sábato, Jorge Luis Borges, Eugenio Pucciarelli, Fermín Estrella Gutiérrez, Ezequiel Martínez Estrada, Alfredo A. Roggiano, Ana María Barrenchea, María Hortensia Lacau, Javier Fernández y otros.

Para finalizar esta síntesis de su vida y su obra y de su proyección y significación en la cultura dominicana, nos parece lógico desdoblar el clásico apotegma del filósofo mexicano José Vasconcelos. Y como si Pedro Henríquez Ureña hablara desde la inmortalidad':

Por mi espíritu, a través de mis discípulos, glosadores e intérpretes, continuará hablando la

(32) José Luis Romero: Una voz (A los diez años de su muerte) (Revista Iberoamericana. Vol. XXI, Enero-Diciembre 1966, núm. 41-42, p. 82-83.

(33) Nicolás Cócara: Don Pedro Henríquez Ureña; Alentar la utopía en América. Revista Humboldt núm. 60 - p. 86.

raza hispanoamericana, revestida de su más diáfana identidad, en los confines del presente y en los horizontes de los tiempos por venir.

BIBLIOGRAFIA

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA (Universidad de Santo Domingo. 1946): Por Emilio Rodríguez Demorizi, Pedro Troncoso Sánchez, Andrés Avelino, Flérida de Nolasco.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA. (Santo Domingo. 1950): Por Max Henríquez Ureña.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA. SINTESIS DE SU PENSAMIENTO. (Santo Domingo, 1966): Por Flérida de Bolasco.

DE MI PATRIA. (Santo Domingo, 1974): Por Pedro Henríquez Ureña.

ENSAYOS (SELECCION). (Santo Domingo, 1976): Por Pedro Henríquez Ureña.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: SU VIDA Y SU OBRA. (Santo Domingo, 1976): Por Juan Jacobo de Lara.

SOBRE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA Y OTROS ENSAYOS. (Santo Domingo, 1982): Por Juan Jacobo de Lara.